**Curiosidad o indiferencia**

“La inteligencia necesita la curiosidad”. Borges

“No tengo talentos especiales, pero sí soy profundamente curioso”. Albert Einstein

Ser curioso o ser indiferente: miradas y horizontes, travesías y destinos podrían relacionarse con una cosa o con la otra. Logros y sueños humanos a lo largo del tiempo, dependieron siempre de ciertas curiosidades que permitieron a los hombres avanzar siguiendo la ruta de sus visiones. La curiosidad hace de cada individuo un aventurero en pos de sus sueños y sus búsquedas. Es la fuerza que lo proyecta fuera de sí mismo más allá de sus ahoras y hasta los lugares donde reside la ilusión; siempre más allá, mucho más allá de la rutina y de la roma cotidianidad. Curiosidad es construcción, avance, suma: todo relacionándose con una interminable necesidad de entender.

Opuesta a la curiosidad está la indiferencia. Indiferencia es vacuidad y conformismo, pasividad estéril y lejanía, apatía y desinterés esencial. Es, también, inercia, grisura, inconsistencia. Nada positivo podría surgir de ella. La indiferencia rutiniza gestos y pasos, visiones y actos. Iguala rostros y comportamientos. Rasa acciones y destinos. Desvanece iniciativas y descubrimientos. Hace desaparecer toda voluntad de aventura y todo genuino deseo de comprensión. La indiferencia inmoviliza al indiferente clausurándolo dentro de estrechos límites sin escapatoria. La indiferencia convierte los entornos del ser humano en desdibujados escenarios, en decorados sin finalidad ni significado. El indiferente es un ser desdibujado y ausente condenado a la resignación y al desinterés; incapaz de comprometerse, no se compromete porque no cree.

Curiosidad o indiferencia: moverse en el sentido de la una o de la otra, actuar de acuerdo a una o a otra. El curioso, llevado por su necesidad de entender, imagina rumbos para sus pasos y sus horizontes. El indiferente, ciego y sordo a cuanto no sea su inmediata instantaneidad, sobrevive en medio de una errabundez de ahoras, rodeado de hábitos y comportamientos siempre iguales a sí mismos. Al curioso le resultaría imposible no esforzarse en responder a las interrogantes que lo acosan. El indiferente, sumergido en la imitación de muchos lugares comunes y muchísimos gestos reiterados, no puede sino permanecer al margen de casi todo, sin que ninguna pregunta llegue verdaderamente a motivarlo. El curioso no cesa de indagar en su tiempo. El indiferente, envuelto por toda clase de estereotipos, se resigna al sinsentido de su tiempo.

Quien ha tenido la fortuna de identificar su propia vocación, en ella cree y a ella se entrega con toda la fuerza que exigen los genuinos compromisos, no podría ser sino una persona curiosa; nunca indiferente: necesitada, obligada a seguir y obedecer sus visiones e ideales, entregada a su manera de valorar y de entender, atenta a ciertas convicciones y aferrada a propósitos a los que jamás podría renunciar.